

flaqueza de Clemente VIII respecto de sus parientes, flaqueza que él mismo conocía (1), ha de censurarse con severidad en el aspecto rigurosamente eclesiástico (2). Quien no comparta estos reparos, tanto más estará inclinado a juzgar más blandamente, si toma en consideración el protectorado literario y artístico de los cardenales nepotes (3). Si Cincio fué el generoso favorecedor del Tasso inmortal, Pedro fué el creador de aquella grandiosa villa, que sentada cual reiná como en un trono en las alturas del pintoresco Frascati, hechiza siempre de nuevo a todo amigo de la naturaleza y el arte con sus pintorescas terrazas, sus cuevas fantásticas, grupos de estatuas, artificios hidráulicos, juegos de rocas, magníficas encinas y espléndida perspectiva.

(1) Paruta se ríe de tales expresiones de Clemente VIII, que suenan como a excusas no demandadas; v. *Relazione*, 441 s.

(2) V. Pallavicini, *Alessandro VII*, tomo I, 272, 274, 290.

(3) Sobre esto se hablará más en particular en el vol. XXIV, cap. XII.

II. Clemente VIII y la guerra civil de Francia. Reconciliación de Enrique IV con la Santa Sede

I

El problema más importante y al mismo tiempo más difícil que Clemente VIII halló por resolver al principio de su reinado, fué la posición que había de tomar respecto de la guerra civil de Francia. La política de enérgica participación en la lucha contra Enrique de Navarra, seguida por sus dos predecesores Gregorio XIV e Inocencio IX conforme a los deseos de Felipe II, no podía invitar a la imitación, pues no había traído a la Santa Sede otros resultados que grandes y a la larga exorbitantes expensas (1). El nuevo Papa hubo de proponerse la cuestión sobre si era conveniente entrar de nuevo en los caminos de Sixto V. Si esto se había temido en Madrid durante algún tiempo ya en el reinado de Inocencio IX, cuánto más justificado parecía ser el recelo de que se hiciese semejante mudanza ahora en un Papa que no había pertenecido propiamente al número de los candidatos españoles, y cuyo padre en estrechísima unión con los Carafas había promovido con el mayor ardor la guerra de Paulo IV contra España (2).

Sin embargo, mostróse pronto que Clemente VIII, por más que conocía lo peligroso de una continuación de la política seguida hasta entonces, y sentía la presión de la tutela española, con todo poseía mucha prudencia y moderación para efectuar un *repentino* cambio del curso anterior. Un rompimiento con España, la primera

(1) V. nuestros datos del vol. XXII. En el consistorio de 15 de abril de 1592 dijo Clemente VIII: Gregorio XIV ha speso più di settecento mila scudi e ha lasciata si esausta la Sede Apost. che il depositario è creditore più di ducento mila scudi. *Desjardins*, V, 157.

(2) V. la *Relazione* di Tommaso Contarini en Albèri, I, 5, 439.

gran potencia católica, con la cual la Santa Sede tenía tantos intereses comunes contra enemigos comunes, había de estar tanto más lejos de un Papa que juzgaba moderadamente la situación, cuanto no podía contar con otros aliados seguros. A esto se añadía aún, que Felipe II poseía en Roma misma hasta dentro del colegio cardenalicio numerosos partidarios enteramente adictos a él y las tropas españolas desde Nápoles podían amenazar en todo momento a la capital pontificia (1). Con todo, un hombre como Clemente VIII tan profundamente penetrado de la dignidad y las obligaciones de su cargo, ni de muy lejos quería dejarse rebajar a ser «capellán» del rey católico. Pero la discusión con España, que más tarde o más temprano no se podía evitar, debía ejecutarse con suave transición, guardando una prudente moderación y teniendo el mayor miramiento posible. Para esto Clemente VIII era el hombre a propósito por efecto de su natural discreto y circunspecto (2).

Con cuántas atenciones trataba a Felipe II, mostrólo no solamente la carta autógrafa muy bondadosa que luego después de su ascensión al trono dirigió al monarca español (3), sino también la inmediata concesión de las fuentes eclesiásticas de ingresos, de las que Felipe II percibía anualmente 2 000 000 de ducados. Ya en 9 de febrero de 1592 se otorgaron el Subsidio y Excusado para cinco años, y la Cruzada para seis (4).

También de la posición que tomó el Papa respecto de la cuestión de Francia, podía Felipe II estar al principio contento. Cuando Clemente VIII en 15 de febrero de 1592 contestó a la carta del

(1) V. la Relazione di Tommaso Contarini en Albèri, I, 5, 439.

(2) Cf. Herre, 629 s.

(3) Esta carta mencionada por T. Contarini, loco cit., fué, además de la dirigida al gran duque de Toscana, la única que se escribió manu propria. También Inocencio IX lo había hecho así. V. Arm. 44, t. 36, p. 92^b, *Archivo secreto pontificio*, donde Antonio Boccapaduli *refiere que en tiempo de Gregorio XIII y Sixto V no se enviaban breves con la comunicación de la elección sino al emperador, a los reyes de España, Francia y Polonia y al gran duque de Toscana, y al contrario a los otros príncipes sólo se les escribía contestando a su gratulación. Yo compuse aún breves, sigue refiriendo Boccapaduli, para aquellos «duces», a quienes Inocencio IX hizo llegar tales comunicaciones (su lista loco cit., números 65-70), pero Clemente VIII no quiso dejarlos expedir. Felipe II mismo dirigió el 18 de febrero de 1592 desde Madrid una *carta autógrafa al Papa, en la cual le aseguraba su rendimiento y su auxilio como hijo fidelísimo de la Iglesia. Su original está en el *Archivo Doria de Roma*.

(4) V. *Índice de las concesiones que han hecho los Papas de la Cruzada, Subsidio y Excusado, *Archivo de la embajada española de Roma*.

comandante de las tropas españolas en Francia, Alejandro Farnesio, duque de Parma, dirigida a Inocencio IX (1), prometiéndole su auxilio, pues, como dijo, nada tenía más en el corazón que el reino de Francia (2); al mismo tiempo hizo notar que el aniquilamiento de los planes de los herejes de aquel país dependía de que los Estados generales eligiesen un rey de muy indudables sentimientos católicos. En este sentido escribió el Papa simultáneamente también a los duques de Guisa, Lorena, Namur y Mayenne, exhortándolos a pelear contra los hugonotes y prometiéndoles más auxilios (3). El representante de la Santa Sede en Francia, Felipe Segá nombrado cardenal por Gregorio XIV el 18 de diciembre de 1591, así como Hércules Sfondrato, comandante de las tropas pontificias, fueron poco después exhortados expresamente a apoyar a las tropas de la Liga (4). El Papa en sus cartas recomendaba también la unión, de que había mucha falta en el campamento de los adversarios de Enrique de Navarra, principalmente por efecto de la envidia del duque de Mayenne al duque de Parma. Ninguna mudanza esencial de la política anterior significó la limitación del subsidio mensual para las tropas pontificias a 15 000 escudos, ordenada el 15 de abril de 1592 únicamente por motivos económicos conforme al dictamen de la Congregación Francesa, pues el nombramiento de Segá para legado a latere para Francia no podía ser sino muy ventajoso para Felipe II dados los sentimientos de este príncipe de la Iglesia (5). Los amigos de Navarra en Roma quedaron muy disgustados por este nombramiento (6).

(1) *Farnesio duci Parmae, regis Hispaniarum gubernatori Flandriae et generali. Arm. 44, t. 36, p. 120, *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Nihil enim est, de quo laboremus magis quam de Galliae regno. Ibid.

(3) V. los *breves fechados asimismo el 15 de febrero de 1592 al dux Guisae, dux Mercurii (in eligendo rege optimo et vere christianissimo, de cuius virtute et pietatis sinceritate nulla, ne minima quidem suspicio unquam fuerit aut esse possit), dux Lotharingiae, dux Nemursii, card. Lotharingiae, dux Mayne. *Archivo secreto pontificio*, loco cit., n. 86-92.

(4) Al *dux Marciani [H. Sfondrato] y card. Placent. [Segá], con fecha de 17 de febrero de 1592, *ibid.*, n. 93-94.

(5) V. *Acta consist. card. S. Severinae, Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*, y la carta del cardenal Monte publicada por Desjardins, V, 157. En su *breve a A. Farnesio de 4 de mayo de 1592 hace notar Clemente VIII, que no podía dar más que 15 000 ducados. Arm. 44, t. 37, n. 288, *Archivo secreto pontificio*.

(6) V. la *relación de Julio del Carretto, de 18 de abril de 1592, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

En la bula de legación para Segá designóse como el auxilio más apropiado para Francia la elección de un rey católico y la concordia de los católicos de dicho país (1). A éstos en 27 de abril y en 7 de mayo se les enviaron cartas pontificias, en las que se los exhortaba instantemente a que, en atención al bien del reino y a la conservación de la antigua fe amenazada por los novadores, cuidasen de que subiese pronto al trono de Francia un rey verdaderamente católico (2). Indicóse a Segá, que en el asunto de la elección se portase de tal manera, que en una solución desfavorable para Felipe II no pudiese atribuirse la culpa al Papa, pues éste en los candidatos sólo atendía a que fuesen rigurosamente católicos y aceptos a los franceses (3).

(1) V. la *Relatione del card. di Piacenza [Segá] legato in Francia fatta a Clemente VIII di quanto passò nella sua legatione, Cod. S. 2, 12, p. 29-51 de la *Bibl. Angélica de Roma*. En el mismo manuscrito: *Registro di lettere del card. di Piacenza all'ill. card. P. Aldobrandini, desde 29 de diciembre de 1591 hasta 19 de octubre de 1594. *Ibid.*, S. 2, 11 una colección de *documentos que se refieren a la legación de Segá; cf. Narducci, 459 s., 466 s. Hay *copias semejantes en el Barb., LXIII, 15 y 16, donde empero, como en el *Ottob.*, 3211 s., están también las respuestas de P. Aldobrandini (*Bibl. Vaticana*). Los originales de las *cartas de Segá al vasc. di Bertinoro secret. di stato et card. P. Aldobrandini desde el 29 de diciembre de 1591 hasta el 19 de octubre de 1594 se hallan en Nunziat. di Francia, t. 36. *Ibid.*, t. 37 la resolución de las Cifras de Segá a Aldobrandini, desde el 12 de agosto de 1592 hasta el 3 de julio de 1594, con algunas *cartas de Gondí, desde el 21 de agosto de 1594 hasta el 5 de abril de 1596 y *cartas del vescovo di Biziers desde el 12 de febrero de 1594 hasta el 23 de octubre de 1595. La misma colección está en Borghese, I, 232-234. *Archivo secreto pontificio*. *Ibid.*, XI, 74: *Minutae bullarum Clementis VIII pro card. Placentino legato in Francia 1592; Nunziat. di Francia, t. 39: *Primum registrum supplicationum legationis card. Placentini in Francia legati 1592-1594; t. 40: *Secundum registrum etc. 1592-1594; t. 41: *Registrum expeditionum legationis card. Placent. in forma bullarum fact. 1592-1594. *Cartas de Segá también en el t. 32. La *Bibl. Chigi de Roma* conserva en M. II, 58: *Lettere e messe in cifra nel pontif. di Clemente VII alli legati e nuntii di Francia (1592-1604), y 62 s.: *Lettere in cifra delli ill. legati nel regno de Francia nel pontif. di Clemente VIII (todo original). *Ibid.*, M. I, 11 y 12 *cartas de Francia 1594-1597. Hay también algunos documentos pertenecientes a este lugar en el Cód. 6423, p. 20, 31 s. de la *Bibl. pública de Viena*.

(2) En 27 de abril de 1592 expidiéronse breves para Carolus a Lotharingia, dux Mena [Mayenne], dux Guisia, dux Nemoren., Parl. Paris., Parl. Tolos., Parl. Divion., en 7 de mayo para archiep. Lugdun y otros diez obispos franceses, además para los canónigos de París y otros cinco cabildos, para el Parlamento de París y otros cinco, para gubernat. et consiliar. Paris., para la universidad de París, para otras diecisiete ciudades, para el card. de Lorena, para Gondius et Giocosa y diez grandes; v. Arm. 44, t. 37, n. 271-275, 292-296, *Archivo secreto pontificio*. Cf. L'Epinois, 580, nota 1; Stähelin, 490. Los breves se decretaron en la sesión de la Congregatio Galliae de 26 de abril de 1592, *Archivo secreto pontificio*, I, 31, p. 44.

(3) V. la *Relatione de Segá, loco cit.

Cuando Enrique de Navarra el 20 de abril de 1592 hubo de abandonar el sitio de Ruán, Clemente VIII dió el parabién a los habitantes de esta ciudad por verse libres de la inminente conquista por parte de los enemigos de la fe católica (1), mientras tributó el mayor elogio al duque de Parma, que había efectuado el descerco (2). Con toda severidad se expresó el Papa contra el excomulgado Enrique de Navarra en los breves que dirigió en junio y julio de 1592 al obispo de París, cardenal Gondí y al duque de Eperón (3). Con el mayor encarecimiento posible se exhorta a Eperón a no apoyar más al Borbón que se ha pasado al calvinismo, y con la mayor energía se hace hincapié en que un hugonote no puede ser considerado rey de Francia (4). Como esta exhortación quedó desatendida, Clemente VIII a fines de septiembre amenazó a Eperón con la imposición de censuras eclesiásticas (5).

Entre tanto en Francia las operaciones militares se iban prolongando sin decisión. La miseria del país subía de día en día. Irresistiblemente se despertó en ambas partes el anhelo de la restauración de la paz y de la unidad nacional. Este anhelo tomó en anchos círculos cada vez más la forma de un deseo eficaz de que Enrique se pasase a la Iglesia católica. Semejante paso pareció a muchos el más sencillo y pronto el único camino para la solución de la cuestión de la sucesión al trono (6).

El descontento entre los partidarios católicos de Enrique subió

(1) *Breve a popul. Rhotomag., asimismo a clerus Rhotomag., ambos de 16 de junio de 1592, Arm. 44, t. 37, n. 405 s., *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Breve de 28 de junio de 1592, *ibid.*, n. 419.

(3) En el *breve al cardenal Gondí de 1.º de junio de 1592 se expresa la esperanza de que cada vez más se haría benemérito protegiendo a los católicos inque detestando perfidissimo Ecclesiae desertore et divino iudicio ac Romani Pontificis sententia damnato, cuius causae qui possit quisquam catholicorum favere, satis mirari non possumus. Sed est haec maxima fraus Satane, ut nihil sit tam turpe tamque impium, quod non ille aliquo honesti quasi velo quodam obtendat. Arm. 44, t. 37, n. 363, *Archivo secreto pontificio*.

(4) De Enrique de Navarra dice el *breve de 10 de julio de 1592: Cur igitur a catholicis descivit ad Calvinistas et impurissimos Ugonotos? Cur summum Galliae regno, quo ille aspirat, inferre dedecus parat? Quem ille unquam nominabit regem Galliae Calvinistam? Cur a furia illa Anglicana, ad quam defecit, cui nomen dedit, cuius opibus sustentatur, edoctus molitur catholicos omnes tollere, alios alia specie, omnes falsis criminibus, et si nullum aliud suppetat, laesae maiestatis? Arm. 44, t. 37, n. 424, *Archivo secreto pontificio*.

(5) *Breve, fechado Tusculi a 30 de septiembre de 1592, Arm. 44, t. 38, p. 43, *Archivo secreto pontificio*.

(6) V. Stähelin, 422.

tanto, que era de temer su defección. Decían éstos, que bastante tiempo habían tolerado un rey hugonote con daño de su conciencia; que los subterfugios y dilaciones debían tener fin; que Enrique mismo no sabía ya alegar ningún justo motivo para no cumplir su promesa de hacerse instruir en la religión católica. Quejábanse también de que asimismo en contradicción con la promesa hecha en su elevación, promovía constantemente a cargos y dignidades arduos hugonotes. Cada vez más alta se levantaba la voz de que el rey había de ser requerido a volver a la Iglesia dentro de un plazo determinado y a dar las necesarias seguridades de que mantendría la religión católica; que si esto no hacía, habrían de dirigirse a otra parte; que sin duda se hallaría un rey católico, que reuniese en sí los votos de todos los interesados y satisficiera a los justos deseos que a una voz expresaba toda la Francia católica (1).

Fué de decisiva importancia el que también en los caudillos de la Liga, que cada vez se enajenaban más de los españoles, se hubiese efectuado una mudanza. Muchos de la Liga declararon, que caso que Enrique de Navarra se hiciera católico, estaban dispuestos a hacer con él un ajustamiento. Por eso dirigieron a uno de los más ardientes partidarios de Enrique, Felipe du Plessis Mornay, quien — ironía del destino — a pesar de ser fogoso hugonote, debía preparar el camino para la reconciliación de Enrique con la Iglesia (2). Enrique de Navarra prometió hacerse instruir dentro de un determinado espacio de tiempo, con el deseo y la intención de verse conducido a la Iglesia católica por esta instrucción, que no debía acarrear ningún perjuicio a su dignidad. Además estuvo dispuesto a permitir a los católicos que estaban de su parte, que enviaran una embajada al Papa a fin de implorar su consejo y autoridad para la mencionada instrucción (3).

Después que Enrique de Navarra hubo llegado a la persuasión de que sólo como rey católico podía reinar sobre toda Francia, y que su reconciliación con la Iglesia traería la anhelada paz, resolvióse a dar un paso decisivo. Yendo directamente a su fin, el 8 de octubre de 1592 compuso una carta autógrafa a Clemente VIII, que

(1) V. Dávila, XII; Stähelin, 414 s.

(2) Du Plessis Mornay no adivinó el doble juego de su señor, que le engañó; v. T. Schott en la Enciclopedia de Herzog, V³, 86 s.

(3) V. Villeroy, Mém. d'Estat, 616 s.; Du Plessis, Mém., V, 208-287; Stähelin, 470 ss.

dice así: «Santísimo Padre, como estamos resueltos a prestar no sólo con una firme promesa, sino también con toda nuestra vida la obediencia que debemos a Vuestra Santidad y a la Sede Apostólica, deseamos también volver a tomar en todas las cosas los caminos y medios por los cuales nuestros antepasados, los reyes cristianísimos, han tributado el debido honor al Padre Santo y mantenido con él con filial reverencia estrecha amistad, la cual es de tanta importancia para los reyes y el pueblo de Francia, para el bien de toda la cristiandad y para la conservación de la santa Iglesia y su religión católica. Por eso tenemos intención de hacernos representar en adelante cerca de Vuestra Santidad por un embajador ordinario inmediatamente después de dada la seguridad de nuestra obediencia, y os rogamos respetuosamente, Santísimo Padre, que sea de vuestro agrado aceptar a este nuestro embajador, permitirle que esté junto a Vos y honrarle con la benevolencia y el favor que los méritos de nuestros antepasados para con la Santa Sede también a nosotros nos han granjeado y dejado por decirlo así como una herencia. Por nuestra parte no dejaremos de hacer todo lo posible para conservárnoslos, y suplicamos finalmente a Vuestra Santidad, que dé a nuestro embajador en cuanto dijere y negociare en nuestro nombre, enteramente la misma fe que a nuestra propia persona. Dios guarde a Vtra. Santidad» (1).

El nuevo embajador romano anunciado en esta carta era el marqués de Pisany, Juan de Vivonne, que en otro tiempo había representado a Enrique III cerca de Sixto V (2). Pero antes el obispo de París, cardenal Gondi, que, descontento de los excesos demagógicos de la comisión de los Dieciséis, había salido de la capital de su diócesis, debía trasladarse a Roma para preparar la entablación de relaciones oficiales. Ambos diplomáticos se pusieron al punto en camino para Italia. Gondi fué a Florencia para invocar allí la mediación del gran duque, muy apreciado en Roma. Vivonne tenía una doble instrucción: primeramente como representante de la nobleza católica que estaba de parte de Navarra, debía justificar la conducta de ésta y pedir que se exonerase a Segá de su cargo; pero después debía hacer la misma demanda en nombre de Navarra y exponer el deseo de éste de volver a la Iglesia (3).

(1) Recueil des lettres miss. de Henri IV, Paris, 1843/76, III, 674.

(2) Cf. sobre esto nuestros datos del vol. XXI.

(3) V. Bremond, 329 s.

Florenia y Venecia aconsejaron instantemente a Clemente VIII, que recibiese a los enviados de Navarra. Pero el Papa creyó no deber fiarse tan fácilmente de un hombre que por dos veces había apostado de la Iglesia. A esto se añadía que en caso de tomar una posición favorable respecto de Enrique, hubiera disgustado a los de la Liga, que luchaban por la causa católica, y se habría expuesto de parte de los españoles a las mismas escenas que agotaron prematuramente las fuerzas de Sixto V. Más aún, desde el principio amenazaron los españoles abierta y bruscamente con la ruptura de las relaciones diplomáticas, si Gondi iba a Roma (1).

Se halló finalmente un término medio, el cual ni ofendía directamente a los españoles, ni daba una completa repulsa a Enrique de Navarra. Se hizo saber a Gondi y a Vivonne, que el Papa no podía recibirlos por ser representantes de un excomulgado, pero que no había impedimento en que enviasen sus secretarios a Roma (2). Así se hizo, pero las negociaciones no dieron ningún resultado, aunque el representante de Venecia, Pablo Paruta, con tanta perseverancia como habilidad aprovechaba toda ocasión para hacer mudar de parecer al Papa en cuanto fuese posible (3).

Por más que Clemente VIII tenía en el corazón la suerte de Francia, por cuya salvación había ordenado especiales oraciones a fines de noviembre (4), no tuvo con todo por llegado el tiempo para una mudanza de su política anterior. Uno de los motivos principales era su desconfianza muy comprensible de la sinceridad de las intenciones de Enrique de Navarra. «Dios sabe, dijo el Papa a fines de enero de 1593 al embajador veneciano, que si pudiésemos traer la paz a Francia, Nos mismo iríamos allá, y hasta padeceríamos el martirio. Pero ¿cómo podemos dar fe y confianza a Enrique de Navarra, pues uno de sus partidarios nos ha dicho que si el mismo San Pedro nos afirmase la conversión de este príncipe no deberíamos tenerla

(1) V. Paruta, *Dispacci*, I, 11, 15. Cf. Desjardins, V, 244 s.

(2) La comunicación a Gondi llevola el franciscano Alejandro Franceschi; v. el *breve al cardenal Gondi, fechado en Frascati a 6 de oct. de 1592, Arm. 44, t. 38, p. 92, *Archivo secreto pontificio*. Cf. el *despacho de Donato, de 23 de octubre de 1592, utilizado por Ranke (Los Papas, I⁸, 158), *Archivo público de Venecia*. La suposición de Ranke, de que Gondi estuvo entonces realmente en Roma, es enteramente errónea, como se saca de Paruta, *Dispacci*, I, 103.

(3) V. Paruta, *Dispacci*, I, 3 s., 6 s.

(4) V. *Acta consist. al 27 de noviembre de 1592, Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*. Cf. Paruta, *Dispacci*, I, 26 y *Avvisi de 18 de noviembre y 5 de diciembre de 1592, Urb., 1060, II, *Bibl. Vaticana*.

por verdadera? Ésta es también nuestra convicción. Es y sigue siendo hereje. Quiere hacer como la reina de Inglaterra, que se salvó por medio de tales artificios. Con sus negociaciones con Nos no quiere sino obligar a la Liga a someterse» (1).

Cuando el Papa, que en todo este negocio tenía de su parte a la totalidad de la Congregación Francesa (2), pronunció estas palabras, habíase abierto precisamente en París (26 de enero de 1593) la asamblea de los Estados generales, en cuanto pertenecían a la Liga. Segá por encargo del Papa había trabajado para que la participación en estos comicios fuese lo más numerosa posible (3). Esperaba que la asamblea daría a Francia un rey verdaderamente católico, en lo cual se veía en Roma el único medio para la conservación de la religión en Francia (4). Pero las cosas no tomaron esta dirección. En vez del duque de Parma muerto el 3 de diciembre de 1592 presentóse como plenipotenciario de Felipe II en Francia el duque de Feria, a quien allí nadie conocía. Entre él y el ambicioso y soberbio duque de Mayenne pronto se llegó a diversidades de opinión. Si ya esto llenó a Segá de temores, todavía más el desenvolvimiento de

(1) V. Paruta, *Dispacci*, I, 91 s. Clemente VIII toma también una posición muy decidida contra Enrique de Navarra en los *breves para Alph. Corsus de 29 de diciembre de 1592 y para card. dux Guisiae de 19 de enero de 1593, Arm. 44, t. 38, p. 157, 184, *Archivo secreto pontificio*. Ibid. *breves in Galliam ad diversos nobiles catholici nominis, qui cum furia illa Navarrae sunt, cohortatio per legatum [Segá] ut se ab illa peste seungant, quod iam pridem factum oportuit atque utinam nunc fiat, fechados a 1.º de febrero de 1593; siguen 28 direcciones. Cf. la *carta de Aldobrandini a Segá de 4 de febrero de 1593, Ottob., 3211, I, III, *Biblioteca Vaticana*.

(2) *Die III februarii 1593 fuit congregatio Franciae coram S^{mo}. . . In ea S^{mus} proposuit aliqua negocia et literas de rebus Franciae et instantiam quae fit a marchione Pisanensi oratore Navarristarum, ut possit venire ad S. S. pro principibus sanguinis regii et aliis catholicis qui Navarram sequuntur, et interim degit Veronae, et omnes fuerunt in sententia ut non admitteretur multis de causis et quia nec card. Gondius est admissus iisdem rationibus, et quia ita expediebat. Esta resolución se repitió otra vez el 6 de marzo de 1593: *Omnes unanimiter concluderunt non esse a S. D. N. multis de causis et rationibus admittendum, excepto uno card. Aquaviva, qui censuit esse recipiendum et deinde dimittendum, et ut ei respondeatur ex praescripto. Apuntamientos de la propia mano del cardenal Santori, *Archivo secreto pontificio*, I, 28.

(3) Cf. la *Relatione de Segá (arriba, p. 76, nota 1), *Bibl. Angelica de Roma*.

(4) *Se questa [la creatione d'un Re catholico] non succedesse, il che a Dio non piacerea, da giuditio humano non par che si possa vedere ne sperare il fine se non molto tardi e con gran diminutione della s. religione et affliction publica. El cardenal Pedro Aldobrandini a Segá en 15 de febrero de 1593, Ottob., 3211, I, 121, *Bibl. Vaticana*.

la situación en el teatro de la guerra. Mostróse lo que había de significar la pérdida de Farnesio (1). A la verdad Noyón, en cuyo sitio habían tenido también parte las tropas auxiliares pontificias, hubo de rendirse al duque de Mayenne, pero el ejército victorioso no avanzó contra París por falta de víveres y por la desunión de los generales. Los españoles volviéronse a Flandes, y las tropas pontificias fueron licenciadas (2).

Fué de extraordinarias consecuencias una aproximación que se formó entre los elementos moderados de la Liga y los partidarios católicos de Navarra, la cual condujo a principios de mayo a que con aprobación de Mayenne se entablasen negociaciones en Suresnes sobre «los mejores medios para la conservación de la religión y para la tranquilidad del Estado» (3). Segá había dado para ello su asentimiento, pues se le había encargado que promoviese una unión de todos los católicos (4). Él, así como la mayor parte de los de la Liga, esperaba apartar de Navarra, por medio de las negociaciones, a sus partidarios católicos. De esto con todo no había ninguna probabilidad, pues los católicos que estaban de parte de Navarra sólo se acomodaron a celebrar las conferencias, para impedir la elección sumamente peligrosa de un nuevo rey y ganar tiempo para la conversión de Enrique al catolicismo (5). Mientras amenazaban al rey, que abandonarían su causa si dilataba por más tiempo dar este paso, los moderados de la Liga se ofrecieron a pasarse a su partido a precio de esto. Enrique se resolvió a tener cuenta con esta necesidad política. El 26 de abril de 1593 dirigió al gran duque de Toscana una carta de su puño y letra, en la que confirmaba lo ya anunciado por el cardenal Gondi respecto de su vuelta a la Iglesia, y empeñaba su palabra de rey de que profesaría públicamente la religión católica a ejemplo de los anteriores reyes de Francia, dos meses después que el duque de Lorena hubiese ajustado con él un convenio aceptable (6). A esta promesa secreta siguióse el 18 de mayo, después que las negociaciones de Suresnes hubieron transcurrido sin resultado, la franca declara-

(1) Cf. Isacker en la Rev. d'hist. ecclés., XII, 705.

(2) Cf. Rev. d'hist. ecclés., VII, 812 y XII, 709, donde hay datos especificados sobre las grandes expensas de Clemente VIII, el cual se limitó en adelante a mantener en París 450 hombres.

(3) V. Stähelin, 518 s.; L'Epinois, 584.

(4) V. la *Relatione de Segá, loco cit.

(5) V. Segesser, Pfyffer, II, 228.

(6) Lettres missives, III, 763.

ción de Enrique hecha a cierto número de obispos franceses, de que estaba dispuesto a hacerse instruir en la religión católica en una junta que el 15 de julio se había de tener en Mantes (1).

Los adversarios de Enrique habían conocido asimismo, que la decisión estaba cercana, pero su táctica no fué afortunada. Como Segá juzgó rectamente, tenían de antemano la desventaja de que el duque de Feria no disponía de tropas ni dinero, sino sólo podía prometerlos para lo futuro (2). La propuesta hecha por el representante de don Felipe, de elegir por reina de Francia a la hija de este monarca Isabel Clara Eugenia, no encontró al principio gran contradicción, pero se deseaba saber quién sería el esposo de la infanta. La respuesta precipitada de Feria: el archiduque Ernesto, hubo de lastimar de la manera más profunda el sentimiento nacional francés, y la propuesta fué rechazada. Segá, que por eso había avisado seriamente, que se guardasen de dar semejante paso, no hizo con esto sino atraerse el desagrado de Feria y Mayenne. La posición del representante pontificio se hacía cada vez más difícil (3). En 28 de junio intervino el Parlamento de París. Hizo una solemne exhortación a Mayenne, enderezada a que impidiese que bajo pretexto de religión la corona viniese a manos de un extranjero, y protestó contra toda violación de la ley Sálica.

La incapacidad de los Estados generales para dar al país un rey nacional, y el general anhelo de paz hicieron que la situación fuese más favorable que nunca para Enrique, el cual poseía las tropas que faltaban a la Liga, y con la ocupación de Dreux amenazaba a París (4). Enrique no tardó en aprovecharse de ella. Ajustó con los de París un armisticio para efectuar en el próximo Saint-Denis con la debida solemnidad su regreso a la Iglesia católica, única resolución que

(1) V. Lettres missives, III, 771.

(2) V. la *Relatione de Segá, loco cit. Cf. además la expresión de Íñigo de Mendoza en Ranke, Historia de Francia, I², 560, nota 2.

(3) Cf. De Léva sobre Paruta, Dispacci, I, XIII s. V. también L'Epinois, 595, 597, el cual cree que a Segá le había faltado decisión.

(4) Cf. la *Consideratione in nome del duca di Umena dopo la conversione di Navarra, dirigida a Clemente VIII, en el Cód. S. 2, II, p. 362 s. de la *Bibl. Angelica de Roma*. Noi eravamo, se dice aquí, senza forze et mezzi per procedere all'elezione di un Re, rimedio nondimeno necessario per opporre questo titolo et dignità a quello del Re di Navarra... Questa conversione veniva in un tempo nel quale ognuno era stracco della guerra, in mala opinione di soccorso delli nostri amici, dalli quali non aspettavano meglio per l'avvenire che quello havevano esperimento per il passato.